

Israel y Alemania rinden homenaje a la memoria de Simon Wiesenthal

Muere el hombre que llevó a la justicia a 1.100 criminales nazis

J. RUDICH

La muerte de Simon Wiesenthal, creador del centro de persecución de nazis que lleva su nombre, ayer en Viena, ha causado una gran conmoción. El presidente de Alemania, Horst Köhler, destacó su contribución a la justicia sin odio, y su homólogo israelí, Mosche Katzav, le calificó del "mayor luchador de nuestra generación". Con su contribución fueron apresados 1.100 presuntos criminales de guerra implicados en el Holocausto.

Wiesenthal, de 96 años, era judío y por ello padeció persecución. Tras pasar por 12 reclusiones en diversos campos de concentración, dedicó su vida a llevar ante la justicia a los culpables del Holocausto. Nacido en Buczaz cuando este territorio, hoy ucranio, era parte del Imperio Austrohúngaro, pasa a la historia bajo el apodo de *Cazador de Nazis*. De los 1.100 presuntos criminales apresados gracias a su contribución, en 300 casos llevó personalmente la investigación antes de pasar la información a servicios de inteligencia y al Gobierno.

El caso más destacado fue la captura en Argentina del jerarca nazi Adolf Eichmann, responsable de la Solución Final, plan que llevó al exterminio de millones de judíos. Eichmann fue juzgado y ejecutado en Israel.

Wiesenthal "es parte de nuestra historia", dijo el presidente de Austria, Heinz Fischer. Ha sido "una de las principales voces de las víctimas del Holocausto" y "un ejemplo para generaciones futuras", añadió el presidente alemán, Horst Köhler. El presidente de Israel elogió los esfuerzos de Wiesenthal "por un mundo mejor" y Javier Solana habló de "un hombre especial y un gran europeo". El presidente de la comunidad judía de Berlín, Albert Meyer, destacó que Wiesenthal fue quien con mayor ahínco se esforzó en conseguir que se persiguieran los crímenes del régimen nacionalsocialista.

Saber quién fue responsable

El Consejo Central de los Judíos en Alemania destacó que gracias a Wiesenthal "también las generaciones posteriores sabrán quién fue responsable de los horrores nazis".

Wiesenthal "era la conciencia del Holocausto", dijo el rabino Marvin Hier, director del Centro Simon Wiesenthal en Los Ángeles, fundado en 1977, y añadió: cuando finalizó la II Guerra Mundial, "todos regresaron a sus hogares para olvidar y sólo él quedó para recordar. Él no olvidó". El Centro Simon Wiesenthal se compromete a continuar "fielmente su testamento espiritual".

También seguirá funcionando el archivo del propio Wiesenthal, que se encuentra en un modesto apartamento en el primer distrito de Viena atiborrado de documentos, donde solía recibir a todo el que se interesara por su labor. La TV austriaca ORF comunicó ayer que, con la contribución de varias organizaciones, una fundación presidida por el politólogo austriaco Anton Peilnka tiene el proyecto de erigir en otro edificio en la capital austriaca el Instituto Wiesenthal de Viena para Estudios del Holocausto, independiente del

instituto de Los Ángeles. Pero también existe la alternativa de llevar el archivo al instituto de memoria del Holocausto Yad Vashem en Israel. En un comunicado, Vaschem destacó el valor de Wiesenthal por haber exigido que se hiciera justicia "en un entorno que no hacía lo suficiente para ello".



Simon Wiesenthal observa pintadas antisemitas en el cementerio judío de Eisenstadt (Austria) en octubre de 1992,

SIMON WIESENTHAL, EL INFATIGABLE “CAZANAZIS”

HERMANN TERTSCH

En 1945 unos oficiales norteamericanos que le habían ayudado a salir — apenas podía andar del recién liberado campo de Mauthausen le recomendaron que se volviera “a su casa” en la remota Buczacz en Galicia (hoy Ucrania) y que intentara rehacer su vida y olvidar la pesadilla de los cuatro años de agónico viaje de un campo de exterminio nazi a otro. Se negó. Toda su familia había sido exterminada, como lo había sido el mundo en el que había nacido allá en 1908 en el centro de la geografía cultural del judaísmo europeo oriental definitivamente convertido en humo.

Simon Wiesenthal, un joven arquitecto que había estudiado en Praga y Lemberg (la ucraniana Lvov), sabía que allá no le “quedaba ni un cementerio para llorar”, como recordaría en sus memorias décadas más tarde. Y se quedó muy cerca de Mauthausen, primero en Linz y después en Viena. rodeado de una población que había sido fervorosamente nazi y que intentaba imponer una ley del silencio que garantizara impunidad a los criminales y evitara la mala conciencia a todos.

Nadie en aquellos duros años de las décadas de 1950 y 1960, ya en plena guerra fría y con el telón de acero en el patio trasero, toleraba bien por allí el recuerdo. Él convirtió la memoria en el lema de su vida y su lucha contra la impunidad del crimen nazi en una de las grandes gestas individuales de la segunda mitad del siglo XX.

Ya convertido en una leyenda como *cazanazis*, después de haber localizado a centenares de verdugos, grandes o medianos, carniceros como el jefe de Treblinka Franz Stangi o asesinos de despacho como Eichmann — después secuestrado por agentes israelíes en Argentina, juzgado y ejecutado en Israel—, Wiesenthal siguió insistiendo siempre en que no se veía como un vengador y se resistió con vehemencia a todo intento de culpabilización colectiva de alemanes o austriacos.

En una vieja casa de lo que fue el antiguo barrio judío vienés, frente al canal del Danubio y a un tiro de piedra del solar donde se alzó hasta 1945 el cuartel general de la Gestapo que dirigió el terrible Alois Kaltenbrunner, Wiesenthal recibía en un pequeño despacho repleto de ordenadores y ficheros que sólo él entendía y encontraba.

En su trabajo era inmensamente meticuloso, consciente del revés que suponía cada inexactitud o error porque sabía que tenía enfrente a toda una batería de medios de comunicación dispuestos a difamarle, a grupos revisionistas decididos a descalificarle y destruir su credibilidad y a una sociedad siempre tendente a verle no como un defensor de la dignidad humana sino como un agitador rencoroso y un ser vengativo insaciable.

Detestaba tanto a quienes intentaban ocultar crímenes y culpas como a quienes desde el fanatismo o la superioridad moral de la ignorancia vertían culpas colectivas o hacían acusaciones graves sin pruebas.

Volvió a demostrar su independencia cuando defendió al ex secretario general de la ONU y candidato presidencial austriaco Kurt Waldheim de las acusaciones de ser un criminal de guerra. Wiesenthal rechazó las acusaciones vertidas por el Congreso Mundial Judío y dijo que había que distinguir entre un oportunista ambicioso más o menos inmoral y despreciable y un criminal de guerra. Los enemigos de los matices no le perdonaron aquella intervención.

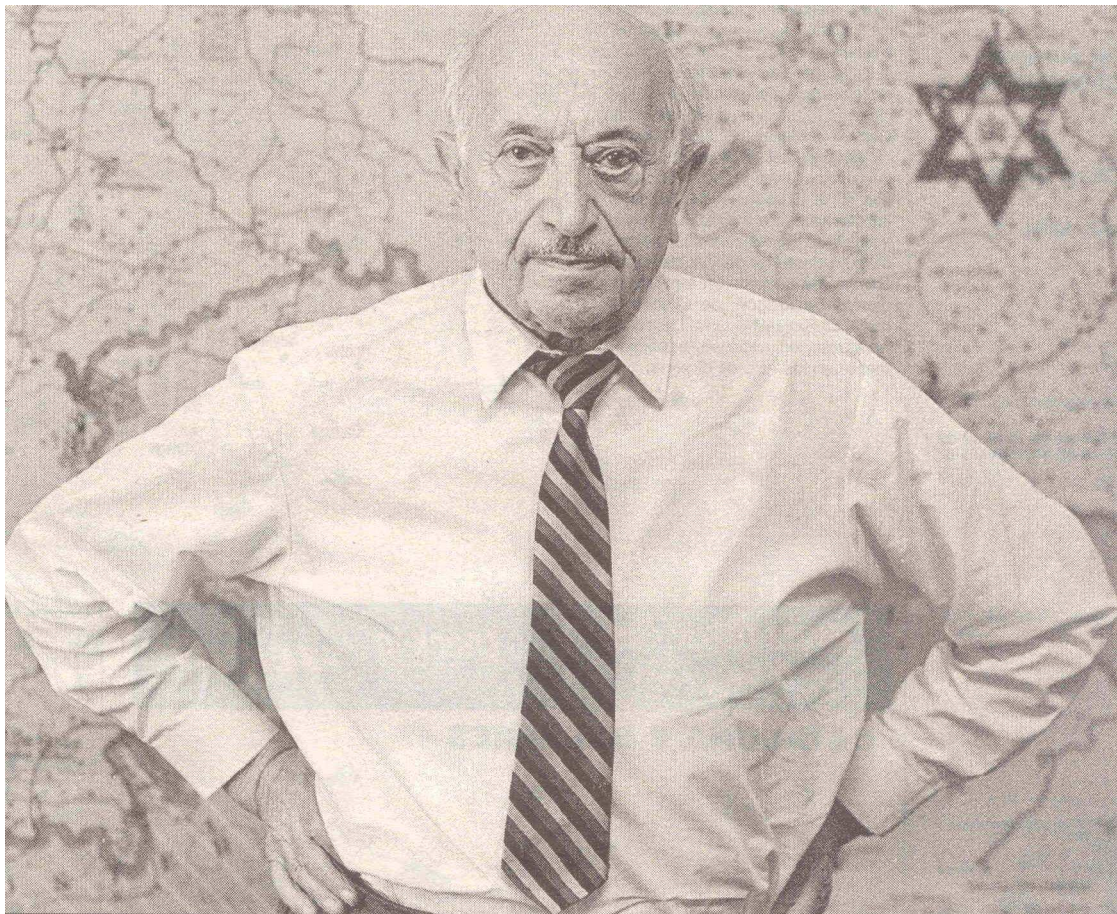
Si ya en Mauthausen había decidido apuntar y memorizar nombres de verdugos, víctimas y circunstancias, en estos 60 años y a través del centro que lleva su nombre y tiene hoy sedes en todo el mundo, Wiesenthal logró recopilar y ordenar millones de datos en su permanente combate contra el olvido. Nadie como él logró movilizar conciencias, voluntades y recursos para esta ingente tarea y nunca dudó en entrar en polémica, decidido como siempre estaba a que todas las infames campañas de desprestigio y difamación de las que fue objeto tuvieran respuesta.

Fue muy doloroso para él su célebre enfrentamiento con el gran socialdemócrata Bruno Kreisky, de origen judío también, pero por aritmética política muy interesado durante años en acallar a quienes denunciaban sus vergonzantes alianzas con antiguos nazis acomodados en el Partido Liberal (FPÖ). Los insultos a Wiesenthal constituyeron probablemente una de las páginas más tristes de la brillante biografía de aquel otro judío centroeuropeo tantos años canciller austriaco.

Nunca se dejó intimidar por aquel ambiente tan hostil como la Viena de la guerra fría. Nada más salir del campo de Mauthausen, ingresó en la Unidad de Crímenes de Guerra creada por las fuerzas de ocupación norteamericanas.

Pero el enfrentamiento entre los antiguos aliados antinazis —Moscú y Washington— hizo que pronto americanos y soviéticos se dedicaran más al pulso entre ellos en la Europa dividida que a la persecución de criminales nazis. Fue entonces cuando se independizó Wiesenthal y comenzó la empresa personal titánica que lo convirtió en leyenda y en una de las grandes personalidades de la segunda mitad del trágico siglo XX.

Wiesenthal ha muerto el martes en Viena y será enterrado en Israel. Se va a reposar con los suyos porque en Europa se quedó ya entonces sin camposanto. Ha sobrevivido a casi todos los verdugos que llenaban sus archivos y de los que hablaba, inclinado sobre sus ficheros, con una familiaridad cuasi científica. Su labor había concluido. Su vida ha sido un monumento a la dignidad del pueblo judío y de Europa. Nada menos.



Simon Wiesenthal en junio de 1990.

El País, 21 de septiembre de 2005.